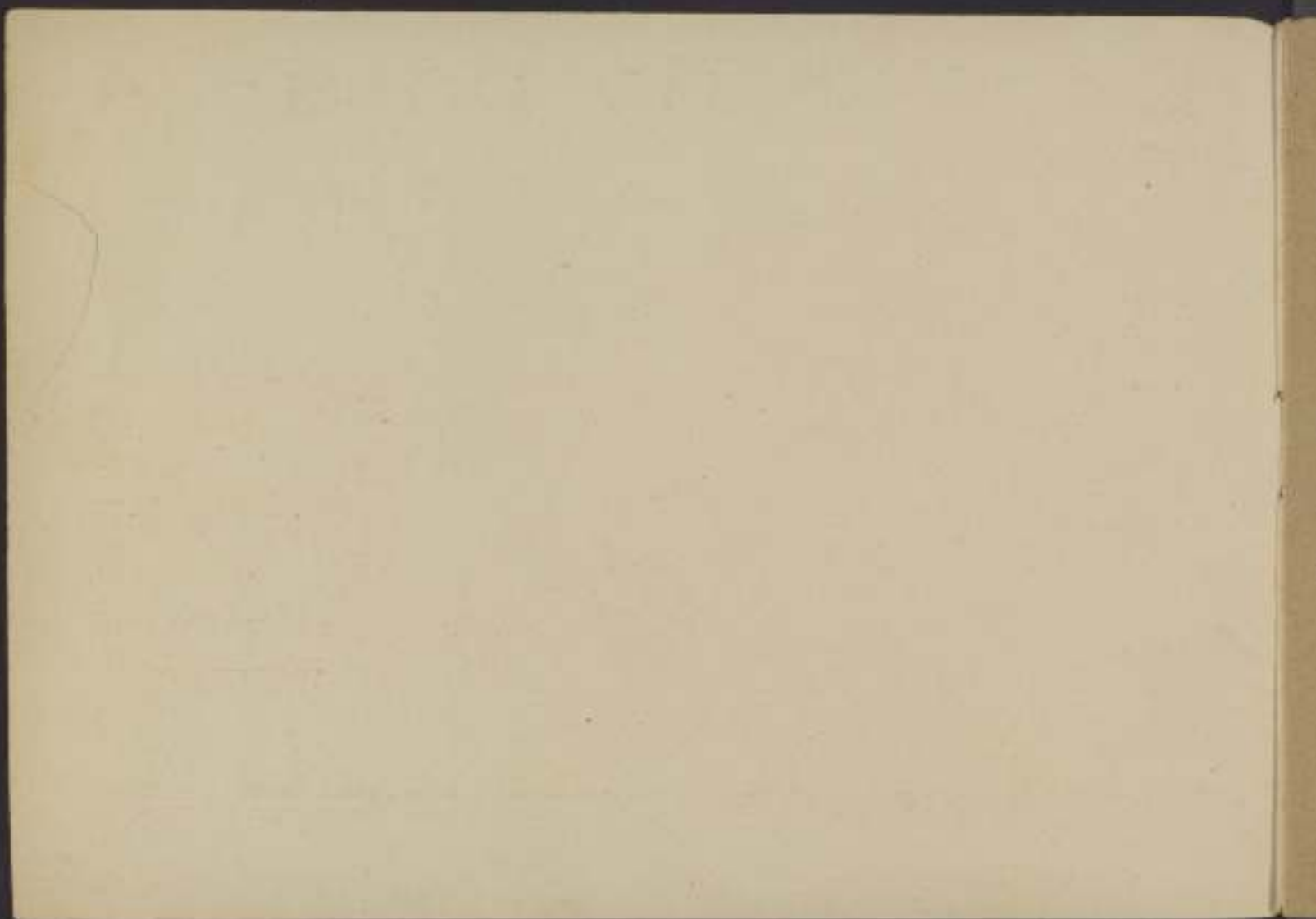


EDICIONES
150
DE
BISTAGNE

Bette Davis
Paul Henreid

La
EXTRANA
PASAJERA



La extraña pasajera

Magnífico asunto sentimental, según la novela de OLIVE
HIGGINS PROUTY y guión de CASEY ROBINSON

Director

IRVING RAPPER

Es un film



EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — Barcelona

52

REPARTO:

| | |
|--------------------|------------------|
| Carlota Vale | BETTE DAVIS |
| Jerry Durrance | PAUL HENREID |
| Dr. Jacquith | Claude Rains |
| June Vale | Bonita Granville |
| Lisa Vale | Iika Chase |
| Señora Vale | Gladys Gooper |
| Tina Durrance | Janis Wilson |
| Elliot Livingstone | John Loder |
| Leslie Trotter | Charles Drake |

LA EXTRAÑA PASAJERA

(SINTESIS DEL ARGUMENTO DE LA PELÍCULA)

La puerta de mi cuarto estaba cerrada con llave, y temí que el doctor se enfadara:

—Significa que esta es mi puerta. Yo siempre he dicho que la habitación de una mujer es su castillo—me dijo, cuando yo quise excusarme.

Con estas palabras el doctor Jaquith supo captarse mi voluntad, cuando yo no era más que un ser tímido; anulado por la férrea voluntad de mi madre, no ser extraño, feo, despreciable, que no se crea con derecho a nada, ni siquiera a vivir. Años fueron estas palabras las que hicieron desbordar mi corazón y por las cuales le explique, casi sin un respiro, rápidamente, la historia de mi infancia y adolescencia.

"Mamá me dominaba y me abusaba. Una sola vez me llevó con ella en un viaje al Sur de África, viaje de negocios en el que no me permitió salir a tierra ni una sola vez. Tenía entonces catorce años y me hacían vestir como la penitencista de un orfanato. En el barco conocí a un oficial de Marina del que me enamoré locamente, porque él supo decirme cosas bellas y halagadoras. Yo estaba enamorada de que le gustara mi persona, porque había leído en una novela que a los hombres no les gustaban las chicas mujigostas. Y Leslie me decía que me pertenía a todas las chicas de a bordo. Leslie y yo teníamos que vernos siempre a escondidas, huyendo de mamá y de sus superiores. Uno de

nuestros escondites favoritos era un automóvil situado en la cubierta de carga... Una noche nos sorprendieron allí mamá y el capitán. Y dije que me alegraba de haber sido sorprendida en brazos de Leslie, y era cierto. El había desafiado a mi madre y me había colocado en un trono y ante



Dijo que me alegraba de haber sido sorprendida.

testigos. Fué el momento más emocionante de mi vida. Pero no duró mucho esta felicidad. Mamá opinó que Leslie no era el marido apropiado para una Vale, de Boston... ¿Y quién iba a ser el marido apropiado para mí? ¡Nadie! ¿Quién iba a mirarme y a decirme "Te quiero"? ¡Nadie! Soy demasiado gruesa, y mamá no quiere que vista de otra manera... Ella elige mis lecturas, mis paseos, mis diversiones... ¡Y no voy a ninguna parte! Soy la sirvienta de mamá, su acompañante, su ayuda de cámara... ¡Y dice que soy su predilecta!"

Rompí a llorar. Ni yo misma sabía por qué le había contado toda aquella historia al doctor. Fué como un grito de mi alma, que quería despertar de una horrible pesadilla.

—No llore... Se le estropearán los ojos... Tenga confianza en mí. No soy un médico, sólo un amigo de los que sufren. Lo que yo hago es muy sencillo. La gente va por un camino, llega a una bifurcación y se confunde un poco, sin saber qué camino ha de tomar. Yo me limito a poner un poste indicador en las almas que vacilan: "Por ahí... o por aquí." Confíe en mí. Yo puedo ser su orientación.

Me dejó convencer. Estuve unas semanas en el sanatorio del doctor Jaquith. El atendía a mi curación ayudado por mi cuñada Lisa, la única de toda mi familia que supo comprenderme en aquella época de amulación absoluta de mi personalidad: la única que tomó parte en los angustiosos miedos de aquellos tiempos que hoy me parecen una pesadilla.

Cuando el doctor Jaquith lo creyó oportuno, cuando pensó que ya podía volar sola, me indicó que debía abandonar aquel lugar tranquilo y apacible donde había pasado una dulce época de mi existencia. Me asustó la idea de volver

a casa; pero entre él y Lisa me habían preparado ya un crucero de recreo en un gran transatlántico que iba a recorrer las costas de América del Sur.

El doctor me acompañó hasta el muelle y, antes de subir yo al barco, me dió sus últimos consejos:

—Ahora viaje sin temor, tenga fe en sí misma, crea en los demás, ilusionese, y no olvide aquella frase que tanto nos gustaba leer: "Deseo inconfesado, nunca alcanzado en la vida... Va, viajera, zarpa en tu nave para lograrlo..."



—... Viaje sin temor, tenga fe en sí misma.

Todavía vacilante, insegura, temerosa de no poder triunfar por el camino que el doctor me había señalado, partí en el transatlántico que me llevaba rumbo a América del Sur.

Iba en un camarote que no me pertenecía y con un maravilloso equipaje que no era mío. Lisa, mi cuñada, no encontrando pasaje para mí en el crucero, me vaciló en hacerme pasar por una amiga suya, mujer elegantísima, la señorita Beauchamp, que a última hora desistió del viaje. Y yo no era, pues, Carlota Vale, sino la señorita Beauchamp. No supe deshacer el malentendido desde el primer momento, y todos los pasajeros me conocían por la señorita Beauchamp. Esto en lugar de darme mayor aplomo, me turbaba y me hacía aparecer más tímida o más misteriosa. Y pasé muchos días sin salir de mi camarote, en el que me hacía servir las comidas, por miedo a enfrentarme con toda aquella multitud.

En una de las primeras escalas que hizo el buque me decidí a bajar a tierra. El jefe del crucero, el señor Thompson, me dijo que había revisado toda la lista de autos que nos iban a llevar por la ciudad, y que sólo quedaba uno para mí, por la que me rogaba, si no me resultaba demasiado molesto, que permitiera le en el mismo coche a un caballero que también viajaba solo. Me lo presentó, antes de que yo hubiera podido excusarme:

—El señor Durrance... La señorita Beauchamp.

Nos dejó solos antes de que hubiéramos cambiado un saludo. El señor Durrance se inclinó hacia mí y me dijo con una voz vatónil, bien timbrada, agradable, sugestiva:

—Ya comprendo que es una molestia... Si no quiere, dígame...

Vacíé. Pero me pareció escuchar la voz del doctor Jekyll que me decía: "Desidase. Adelante. Olvide que es una chica tímida. ¡Vaya con todos! ¡Diviértase!"

—Si a usted no le molesta—contesté haciendo un esfuerzo y sugestionada por los consejos del doctor—, yo encantada. Iremos juntos a ver todo lo que usted quiera.



—Iremos a ver juntos todo lo que usted quiera.

Visitamos la ciudad; recorrimos las tiendas; estuvimos en la terraza de un café; hablamos de muchas y muy diversas cosas; pero yo debía mostrar todavía las huellas de un pasado muy reciente, porque el señor Durrance me dijo varias veces:

—¡Ojalá pudiera comprenderla!

Yo marchaba a su lado con paso firme en apariencia, pero sin poder vencer por entero mi timidez, y me repetía complacida, queriendo convencerme de ello:

—Quiere comprenderme... Lo deseo... Se interesa por mí.

Y aquella idea me hizo ser con él más explícita y le conté que viajaba con un nombre falso, que mi verdadero



—Quiere compléndeme... La deana...

nombre era Carlota Vale, y que no me había atrevido a corregir aquel error desde el primer día delante de todo el pasaje.

—Pero... no sé por qué le cuento todo esto a un desconocido—añadió después de haber hablado durante mucho rato.

—Usted perdona—dijo él, muy atento—. Me llamo Jerry Durrance. Pero mis amigos me llaman Jerry. Y yo... todavía no sé si es usted señora o señorita...

—Soy tía. Todas las familias tienen una tía, ya sabe... Soy, tía Carlota...

Me entraron ganas de llorar cuando hubo dicho aque-

llas palabras, y hubiera querido escapar y desaparecer; pero seguí acompañándole y compramos algunas chucherías para su esposa y sus hijas.

Más tarde, de regreso al barco, me enseñó la fotografía de su familia. Su esposa se llamaba Isabel, y sus hijas Beatriz y Tina.

—Isabel está muy seria; no quise sonreír cuando yo la retraté; y Tina tampoco quiso sonreírme... Está convencida de que es un patito feo.

—¿Sabe Tina que no querían ustedes que naciera?—pregunté, sin saber por qué, casi inconscientemente, porque el retrato de Tina me recordó mi propia infancia y mi íntima tragedia de niña nacida demasiado tarde de un matrimonio que ya no esperaba más hijos.

—Es una pregunta muy extraña... que se acerca mucho a la verdad—murmuró el señor Durrance con honda preocupación. Y luego, cambiando de tono, como si le molestara hablar de sus intimidades familiares, me entregó un pequeño paquete.

—En reconocimiento de haber sido hoy mi guía. Es un frasco de perfume. Se llama "Lindas Flores".

Por la noche bajé al condecer con una de las más elegantes *toilettes* de René Beauchamp. Quería deslumbrar. Y lo logré. Jerry Durrance me contempló con verdadera admiración y comenzó a decir algo maravilloso acerca de las mariposas que iban bordadas en mi capa; pero me había olvidado de quitar la etiqueta que René había colocado en todas sus vestidos, dándome consejos para su uso particular, porque ni ella ni Lisa habían creído en mi completa curación.

No acabo de comprender lo que esto significa...—murmuró Jerry.

—Significa que esto pertenece a René Beauchamp. Ella

me lo prestó—contestó haciéndome una gran violencia.

Jerry me miró sonriendo dulcemente y me dijo:

—Lleve usted alas prestadas. Le sientan bien de todos modos...

Más tarde supe por una pasajera que conocía a Jerry



—Lleve usted alas prestadas...

Durante, que su vida era un constante sacrificio de abnegación y ternura. Isabel, su esposa, estaba parálitica desde el nacimiento de Tina, y desde entonces no hablaba, ni se movía, ni pensaba. Y Tina se había criado solitaria y triste, porque a un niño no le basta el amor de un padre; necesita, además, de la ternura infinita de una madre. Y la niña no

había conocido aquella ternura, a pesar de toda la abnegación de Jerry que dedicaba todo su amor a la niña.

Aquella historia me conmovió hondamente. Y el lazo de amistad que se había establecido entre Jerry y yo se hizo más firme al saberle desventurado como yo, desventurada y triste.

Cuando arribábamos a Río de Janeiro contemplamos los dos el maravilloso espectáculo de su bahía, la más hermosa de todo el mundo. Yo le iba señalando los lugares más destacados:

—Aquello es el Pan de Azúcar. Aquella la playa de Copacabana. Y allí, en lo alto de aquella cima, algo que le agraderá a usted, que es arquitecto: la estatua monumental del Corazón de Jesús.

Viamos juntas la ciudad, conducidas por un chofer brasileño, sumamente cómico, pero que desconocía en absoluto nuestro idioma y casi en absoluto su oficio. Nos llevó por intrincadas montañas y, debido a una tula maniobra, volcamos por un terraplén. No sufrimos grandes daños, pero tuvimos que pasar la noche a la intemperie, mientras el chofer volvía a Río en busca de otro automóvil. Jerry encendió fuego y me cubrió con su manta de viaje para que yo no sintiera frío. Me rindió el sueño y me dormí al abrigo de su hombro. Aquella noche las estrellas debieron brillar con lágrimas de amor infinito, porque la pobre muchacha abandonada había encontrado el refugio del corazón de un hombre.

Perdimos el barco a causa del accidente; y nos quedamos en Río, en el mismo hotel. Cuando aquella noche, desvelada por mis propios sentimientos, salí a la terraza para respirar libremente el aire, me vi sorprendida por la presencia de Jerry que había salido desde su balcón al verme.

—Quiero creer—me dijo—que una vez en la vida se presenta la oportunidad de ser feliz.

—¿Es usted feliz ahora?

—Casi... y creo que lo sería totalmente si pudiéramos divertirse juntos; gozar de las cosas simples y amables; de la belleza de un paisaje o del encanto de un cielo sideral; si pudiéramos hacernos confidencias que no haríamos a nadie más en el mundo... Camelia... añadió, dándome este nombre que le gustaba más que el de Carlota... ¿Por qué no es usted sincera y me dice que también es usted feliz? Desde aquella noche en que hablamos de Tina no la puedo apartar de mi mente ni de mi corazón. Si yo fuese libre sólo habría un camino a seguir... ¿No quieres demostrarme que también eres tú feliz a mi lado? Dímelo... y me iré... ¡Pero, cariño... si estás llorando!—exclamó, cogiéndome en sus brazos, al ver cómo las lágrimas resbalaban por mi rostro.

—Soy una tonta... Son lágrimas de gratitud... gratitud de solterona por el consuelo que se le ofrece... Hasta ahora nadie me había llamado "cariño"...

Terminamos que separarnos. El se quedaba en Río y yo debía ir a Buenos Aires para tomar de nuevo mi barco. Me acompañó hasta el aeropuerto y me llevó las tres camelia que venía ofreciéndome cada día desde que supo que era mi flor predilecta. Por ellas me llamaba a mí Camelia, porque decía que mi rostro tenía su misma blancura y suavidad.

—Vamos a separarnos...—me dijo, con la voz trémula.



—Hasta ahora nadie me había llamado "cariño"...

—No importa... Lo importante es lo que ya pasó.

No me gustan las despedidas...

—¿Te servirá de algo saber que continuamente te echaré de menos?

—Y yo también, Jerry... ¡Yo también!—le respondí, llorando.

Mi llegada a Nueva York fue apoteósica. Volví transformada. El viaje me había curado por completo. El viaje... y aquel amor que había dado luz a mi corazón.

Mi cuñada Lisa y su hija Jane casi no me reconocieron cuando bajé del barco; y se asombraron ante la popularidad que había adquirido entre los pasajeros. Había encontrado mi propia personalidad.

Quizá si yo sola a ver a mi madre. Necesitaba creer en mí misma, y sólo enfrentándome con ella, a solas, podría



—¿Te servirá de algo saber que continuamente te echaré de menos?

tener la medida de mi propia fortaleza. Supe que en mi ausencia había cambiado varias veces de enfermera y de doncella y que los nervios la dominaban a la mayor contrariedad.

Mostró el mayor esmero al verme y me hizo dar varias vueltas ante ella para convencerse de que era yo misma. Luego intentó imponerse de nuevo. No le gustaba mi modo de vestir. Ordenó que para la fiesta que tenía preparada para aquella misma noche en mi honor, me vistiera un



—intentó imponerse de nuevo...

horrendo vestido de foulard estampado completamente pasado de moda. Quería que volviera a usar gafas, que me peinara de nuevo como antes, que me quitara del rostro todos los afletes.

No protesté. Le dejé que hablara, pero tenía la firme resolución de vivir, en adelante, mi propia vida, sin dejarme influir por aquella voluntad que tanto daño me había hecho.

Me vestí para la fiesta de la noche con un traje negro que me sentaba maravillosamente y que había comprado con Lisa en Nueva York. Puse en mi pecho las tres camelias que Jerry me mandaba todos los días, por avión dondequiera que estuviese, y me puse a mi madre antes de bajar al salón. No podía creer lo que veían sus ojos. Estaba indignada. No quería verme. Y se negó a bajar conmigo ante la impasibilidad con que yo escuchaba sus distribos.

Bajó sola, cayó por las escaleras y se dislocó un tobillo. Aquella noche no pudo asistir a la fiesta, y mi triunfo entre mi propia familia ultrapasó todo cuanto yo hubiera podido esperar.

Lisa y June fueron las últimas en salir. Lisa se sentía orgullosa de mi triunfo del que era un poco cómplice. Y June un poco avergonzada de las burlas que me había inferido antes de mi transformación. A las dos las quería mucho y las despedí con ternura. Luego subí al cuarto de mamá después de haber hablado unos momentos con Elliot, un muchacho que cuando éramos niños era el único que hablaba conmigo en la escuela y que ahora estaba transformado en un caballero viudo, con dos niñas pequeñas a su cuidado.

Mamá quiso reprendermé de nuevo por mis despilfarros, por mi modo de comportarme, por todo aquello que formaba ahora mi propia personalidad y que no había presido en absoluto su voluntad de hierro. Me dijo que no estaba



Lisa se sentía orgullosa de mi triunfo.

dispuesta a pagar mis gastos ni acogerme bajo su techo si no volvía a ser la hija sumisa y cariñosa de antes.

—Puedo ponerme a trabajar—le repliqué—. No tengo miedo, mamá. ¡No tengo miedo! Y a mi misma me asombró el tono firme de mi voz.

Elliot comenzó a interesarse seriamente por mí; me mandaba flores todos los días y me llevaba con él a fiestas y teatros. Mamá quería saber quién me mandaba aquellas flores, ya que no había podido averiguar quién me mandaba las camelias que llegaban a diario.

—Estas cosas son de Elliot, mamá. Quiere casarse conmigo.

Le pareció bien la idea; y también me lo parecía a mí, pero una noche Elliot vino a buscarnos para ir a un concierto. Al ayudarme a ponermelo el abrigo le di las gracias por las rosas... pero él observó que eran las camelias las que adornaban mi abrigo y me dijo que era una mujer extraña y misteriosa.



—Eran rosas las de Elliot, mamá.

Aquella noche volví a encontrar a Jerry y fuimos juntos al concierto. Yo estaba sentada entre los dos. Mi mano entrelazaba la de Elliot, pero mi corazón estaba junto a Jerry, junto a Jerry, que había encontrado un momento oportuno para deslizarse en mi oído esta frase maravillosa:

—(Camelia... sigo fuertemente enamorado de ti)

Después del concierto tenía que venir a mi casa para hablar largamente de nuestras cosas. Le esperé en vano. Me llamó por teléfono diciendo que unos amigos comunes le habían enterado de que iba a casarme con Elliot y que él no quería ser una eterna sombra en mi vida. Aquella misma noche partió de Boston para no volver a encontrarnos.

Fui a la estación para verle una vez más, para decirle que yo también lo quería, que no podría ser feliz con otro hombre; que él no sería nunca una sombra en mi vida; que siempre fue sincero conmigo, puesto que me dijo que era casado; que él fue mi primer amigo; que un simple frasco de perfume había llenado de luz toda mi vida; y que



—Le di las gracias por las rosas, pero él observó que eran las camelias las que adornaban mi abrigo...

las camelias que el correo me traía cada día eran el lazo constante que tenía unidos nuestros sentimientos, que no debía marcharse, puesto que me quería...

Sonrió con aquella sonrisa triste que tantas veces había visto dibujarse en sus labios:

—Mi deber es dejarte libre, Camelias. ¡Te recordará siempre, toda mi vida! ¡Adiós, cariño!

Aquel encuentro cambió el rumbo de mi vida. No pude casarme con Elliot. Fue bueno conmigo y no me pidió explicaciones. Creo que se dio cuenta de que estaba enamorado de otro y deseó que fuera muy feliz con el hombre que se casara conmigo.

—Creo que no me casaré nunca —le dije, antes de despedirme—. Algunas mujeres no son para casarse...

Y yo era una de estas mujeres. Había encontrado un amor, un grande amor, más grande aún por irrealizable, y quería vivir envuelta en su maravilloso perfume.

Subí corriendo para dar la noticia de mi raptaura con Elliot a mamá. Entré en la habitación y la encontré muerta en su butaca, como si se hubiera dormido plácidamente.

Me vi duría de toda la fortuna de los Vale, porque mamá me lo dejó todo; y como me sentía agotada moralmente por el golpe de la muerte de mamá y por la angustia de aquel amor irrealizable, me fui de nuevo a descansar al sanatorio del doctor Jaquith.

Allí encontré a Tina, la hija menor de Jerry. Era una chiquilla como yo cuando tenía su edad, risca, huraña, con



Mi mano valiente la de Elliot, pero mi corazón estaba junto a Jerry...

frecuentes crisis nerviosas. Me dediqué a ella por entero, logré hacerme su amiga, jugué con ella y vivimos juntas de cualquier disparate que a mí se me ocurría. El doctor Jaquith llegó a atenderse conmigo, porque decía que quería mandar más que él en su propio sanatorio. Pero yo seguía mi labor cerca de Tina.

Una noche en que la al llorar entré en su habitación, la consolé, la mimé, me acosté en su misma cama y logré que se durmiera mientras yo le iba contando cuentos. Cuando la vi dulcemente dormida sobre mi regazo sentí una honda emoción subirme a la garganta:



... me dió cuenta de que estaba enamorada de otro...

—Es la hija de Jerry—me dijo—. ¡La hija de Jerry, que confía en mí!

Al día siguiente le conté al doctor Jaguth el accidente que tuve durante mi cráneo.

—Algo sabía de ello—me replicó, con su bondadosa comprensión—. Una cliente mía me lo contó y no pude evitar que me dijera el nombre de la dama...

—¿Y no le dijo el del varón? ¿No sabía usted que es padre de Tina y yo... nos conocíamos?

—Si lo hubiera sabido no la hubiera invitado a venir aquí—contestó el doctor.

—No tenga miedo, doctor... Aquello ya pasó... y ahora



... y la encontré suelta...

sólo queda Tina. Tina que necesita de mí... ¡De mí, que nunca he hecho falta a nadie!

El doctor me confió a la niña. Pasamos horas muy felices las dos juntas. Yo la dejaba hablar con su papá, por teléfono, cada dos o tres días y esto la hacía feliz. Me llamaba Camelia porque yo se lo indiqué, y llegué a creer que Tina era mi propia hija.

Cuando llegó el verano conseguí que el doctor Jaguth diera permiso para que me llevara a Tina a mi casa de Boston. Aquello podía ser el complemento de la curación de la niña. A cambio de aquel favor tan grande que le pedía a mi viejo amigo le costaba yo la instalación de un nuevo

y más completo sanatorio donde pudiera atender mayor número de enfermos del espíritu.

Dijo que tenía que someterme a una prueba muy dura: enfrentarme con el padre de Tina y lograr su consentimiento para que la niña permaneciera a mi lado.

Acepté.

Tina estaba encantadora para recibir a su papá. Vestió su primer traje de gala y estaba maravillosa con él. Fue un orgullo inmenso para mí ver la emoción que se pintaba en el rostro de Jerry cuando abrazó a su hija, y mientras la niña como una mariposa formal enseñaba toda la casa a su padre, el doctor Joquith y yo, sentados en el suelo, examinábamos los planos del nuevo sanatorio.



«Examinábamos los planos del nuevo sanatorio.»

Luego fui al encuentro de Jerry para preguntarle qué había decidido respecto a mi hija.

—He decidido llevarme a Tina a casa—me dijo, muy serio.

—¿Llevaréela? ¿No es posible! El doctor dice que debemos esperar a que vuelva a casa. Le sería perjudicial...—argüí yo con vehemencia.

—No importa lo que diga el doctor. Ningún hombre digno permitiría que se prolongase indefinidamente un sacrificio como el tuyo. No podemos seguir continuamente tú siempre concediéndonle cosas y yo recibíendolas, así...—murmuró, emocionado.

—¿No sabes que a veces recibir algo es un modo de conceder? ¡Y el modo más maravilloso del mundo para dos que se quieren! Tú me das a Tina. Siempre até yo quiero recibir y tú quieres conceder. ¿Qué razón tienes para alejarnos de mí lado? ¿Se refiere a nosotros dos?

—¿Y a qué otra cosa podría referirse?—replicó él con una voz profunda y dolida.—¿Por qué no te casaste con Elliot? Porque apocrecí yo de pronto... y lo estrupestu todo... Y ahora viene mi hija y estrupestu toda tu vida, mientras tú debías estar buscando a algún hombre que te hiciera feliz...

Me hicieron mucho daño aquellas palabras. Sentía que no me había comprendido nunca.

—He vivido con la ilusión de que nos quariamos con un cariño tan grande que tú sabías, sin que te lo dijera, lo que me podía hacer feliz a mí... ¡Y ahora me hablas de otro hombre!... Tú no tienes idea de la tortura que representa querer a un hombre... y estar para siempre alejada de él... excluida de su vida... por una extraña... Cuando Tina dijo que quería venir conmigo a mi casa, me pareció un milagro... ¡Poder tener a tu hija... una parte de tu ser! Y hasta llegué a soñar que, queriéndola los dos y procuréndo lo mejor



—Tú no tienes idea de la tortura que representa querer a un hombre... y estar para siempre alejada de él...

para ella, acabaría pareciéndose a que era realmente nuestra propia hija... Pero veo que tú no has pensado así. He sido, una vez más, una pobre tonta sentimental...

Me cogió por los hombros y me miró con una larga e intensa mirada de amor:

—Espera... Yo temía que estuvieras a Tina por piedad... Ahora sé que aun me quieres y que jamás morirá lo que hay entre nosotros... ;Aunque lo ignoremos, aunque queramos ignorarlo... es inútil! ¡Es más fuerte que los dos!

—Por favor, Jerry... déjame...—supliqué, desfallecida... El doctor Jaquith sabe lo que hay entre nosotros... y me confía a Tina "a prueba". ¿Sabes lo que esto significa? Que me esté probando a mí... Y si no puedo resistir la prueba a la que me ha sometido con tu visita... voy a perder a Tina para siempre! ¡Y a ti también! ¡Oh, Jerry, ayúdame, ayúdame!

Había en mi voz una tan infinita angustia que vi en sus ojos el brillo de las lágrimas. Encendió, como hacía siempre, dos cigarrillos a un mismo tiempo y me entregó uno:

—¿Quieres, sencillamente, un cigarrillo?—me dijo, sonriéndome con su sonrisa bondadosa y triste—. ¿Podré venir algunas veces?—añadió, como si no se atreviera a pedir tanto.

—Siempre que quieras... En también tu casa. Hay aquí quien te quiere...

—¿Y serás feliz?—me preguntó, mirándome a los ojos y escrutando en ellos la sinceridad de mis palabras.

También yo sonreí aquella vez, como sonreía él una sonrisa triste, infinitamente triste, y le contesté:

—Jerry... ¿no podemos la luna?... ¡Ya tenemos las estrellas!

P I N

NUMEROS PUBLICADOS

El signo del Zorro, por Tyro-
ne Power.

El libro de la selva, por Sabú
¡Qué verde era mi valle! por
Walter Pidgeon.

El hijo de Montecristo, por
Louis Hayward, Joan Bennett
y George Sanders.

El capitán Cautela, por Vic-
tor Mature, Bruce Cabbott y
Leo Carrillo.

Estudiantes en Oxford, por
Stan Laurel y Oliver Hardy.

Cumbres horrascosas, por
Lawrence Olivier, Merle Obe-
ron y David Niven.

La jungla en armas, por Gary
Cooper y David Niven.

El ladrón de Bagdad, por Sabú
Marinos a la fuerza, por Stan
Laurel y Oliver Hardy.

Esmeralda, la zingara, por

Charles Laughton y Maureen
O'Hara.

Tarzán y la Diosa, por Her-
man Brix.

La quimera del oro, por Char-
lot.

Hacé un millón de años, por
V. Mature, Carole Landis
Lon Chaney, jr.

El alegre bandolero, por Nino
Martini, Ida Lupino, Leo Ca-
rrillo.

Texas, por William Holden,
Claire Trevor.

El hijo de la furia, por Tyro-
ne Power, Gene Tierney, etc.

La tía de Carlos, por Jack
Benny, Kay Francis, James
Ellison, etc.

Sendas siniestras, por Ran-
dolph Scott, Kay Francis,
Brian Donlevy, etc.

¡Qué par de locos!, por Stan
Laurel y Oliver Hardy.

Guadalcanal, por Preston
Foster y Lloyd Nolan.

Jack, el destripador, por Mer-
le Oberon, George Sanders y
Laird Cregar.

Precio 1 pta.

Ciudad de conquista, por James
Cagney y Ann Sheridan

El cielo y tu, por Bette Davis y
Charles Boyer

La niña constante, por Joan
Fontaine y Charles Boyer.

Mi reputación, por Barbara Stan-
wyck, George Brent, etc.

Arsénico por compasión, por
Cary Grant

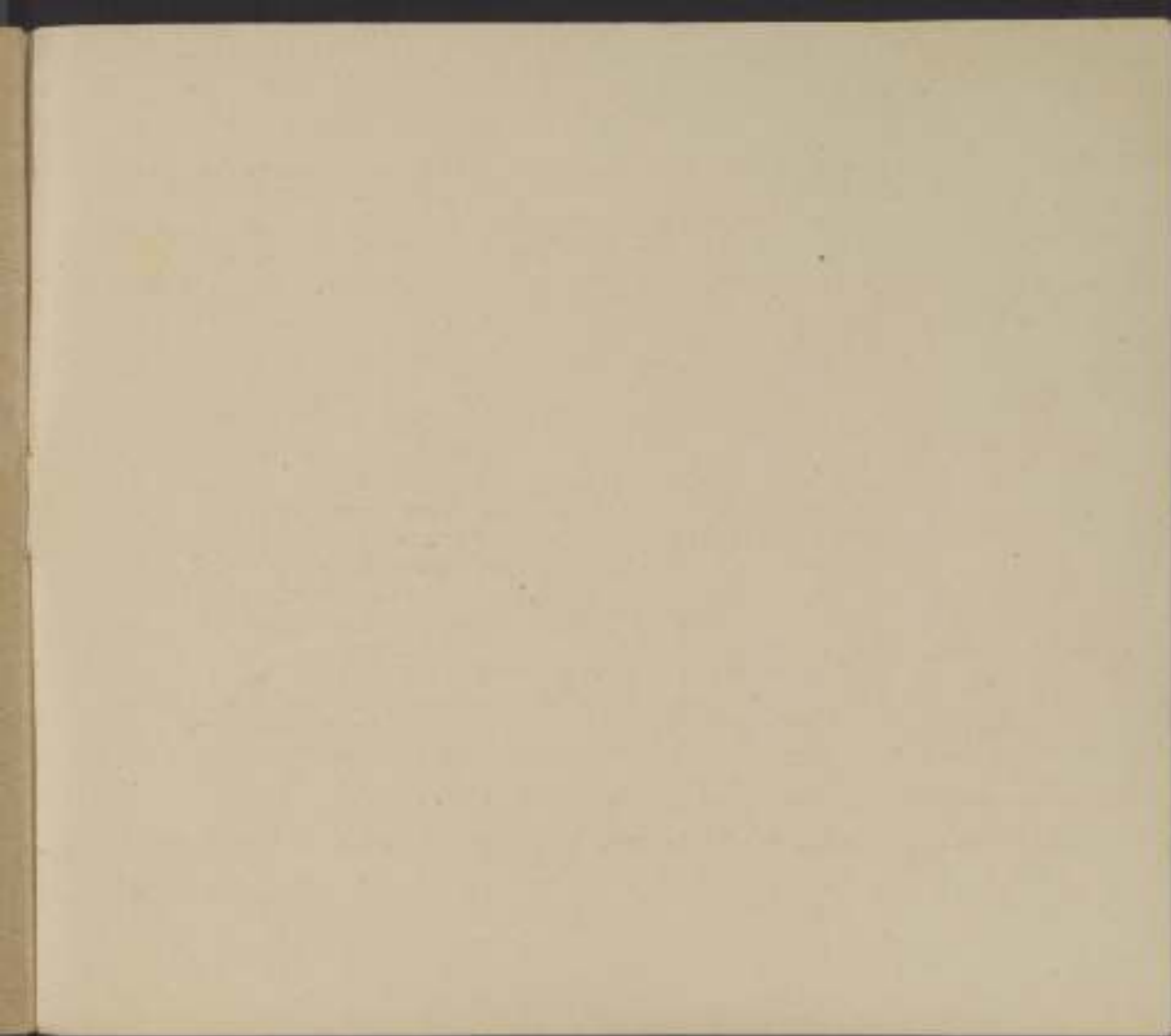
**Sherlock Holmes desafía a la
muerte**, por Basil Rathbone.

Precio 150 ptas.

Cuatro grandes éxitos Warner Bros en EDICIONES ESPECIALES

Casablanca - Oro, amor y sangre - El último refugio - Vuelta al abismo

Precio: 3 ptas.



F. B.